

Bitácora 4, domingo 31 de enero de 2016

Este mañana de domingo luce despejada y soleada; aún el calor tropical intenso no se ha hecho presente en Caracas. Es uno de esos domingos en los que deseas caminar, andar al aire libre. Me animo a *patear la calle* –en el argot popular venezolano, el vocablo refiere a caminar sin parar–. Y me enrumbo a La Lagunita, un sector residencial de clase media/alta de nuestra capital venezolana, ubicado en el Municipio El Hatillo, del sureste caraqueño.

El lugar se ha convertido en punto de encuentro para gente que desea disfrutar de espacios seguros y vida al aire libre. Familias enteras se dan cita en la redoma de entrada, con pequeños en bicicleta; o grupos con sus rutinas de bailoterapia, taichí o cuanta actividad implique movimiento físico que nutra cuerpo y alma. O caminatas en calles tranquilas, sembradas de árboles a la vera de caminos. Podemos contemplar –cuando los muros lo permiten–, el más variopinto mostrario arquitectónico residencial. Desde hermosas mansiones hasta residencias en las que el *kitsch* ha hecho de las suyas.



Y hoy, en estas andadas ciudadanas conocí a Isaías Villarreal, arquitecto egresado de la Universidad Central de Venezuela y escultor de árboles, como él mismo define su quehacer artístico. A un lado y en plena avenida principal estaba este hombre joven y fuerte, con sus herramientas de taller, esculpiendo al aire libre sobre un tronco seco, muerto a la vida pero vivo al arte. Maza en mano, el artista deja por ratos su labor para atender amablemente a quienes se acercan a preguntar por su trabajo.

Aunque su aproximación al arte data de la infancia –al ganar un reconocimiento en un taller vacacional de la Galería de Arte Nacional, GAN–, el oficio de este artista dura ya más de tres lustros, cuando siendo aún estudiante de arquitectura se preocupaba por el deterioro del ambiente, el poco mantenimiento de los espacios ciudadanos, el caos urbanístico reinante y los escombros, la basura y los residuos vegetales. En fin, su aprecio por una ciudad vivible. Fue así como comenzó a tallar cuanto tronco se encontraba en sus caminatas por



Caracas. Una actividad poco apreciada y con el consecuente acoso de autoridades que veían esta acción como “desestabilizadora”. Dice haber tallado más de una docena de piezas aunque muy pocas quedan de este tránsito por las aceras de calles y avenidas de la capital.

En esta oportunidad la escultura se nos revela como un bulto de la advocación mariana Virgen de Coromoto, patrona de Venezuela. Villarreal comenta que su talla la inició el 7 de diciembre del año que recién termina, justo al siguiente día de las elecciones que dieron el triunfo a la oposición venezolana y como muestra de gratitud a la Madre del cielo, por haber escuchado los ruegos de una sociedad entera.



Con anterioridad había tramitado los permisos correspondientes ante el municipio. Con ello garantizaba su paz laboral por el tiempo que durara este proceso creativo, que estima podría concluir a fines de febrero del año en curso. Los asiduos al lugar reconocen rasgos de esta iconografía religiosa enraizada en nuestro imaginario popular. Hombre de fe profundamente mariano, nos comentó que la Virgen se había servido de su talento y era quien lo guiaba a esculpir. Insiste en que este es un símbolo de luz para este país (Venezuela) que anhela la paz; y quienes habitualmente transitan por allí, consideran la pieza como un altar al aire libre. Reitera en profundizar la recuperación de los símbolos de fe a través de un proyecto que ya comienza a materializarse.

Es así como esta imagen de la Coromoto se devela domingo a domingo, con el compromiso que mantiene el artista, de trabajar a la vista de todos. Mucho falta aún por hacer y nos dice que en breve separará la pieza del suelo pues el tronco absorbe agua del terreno, para colocarla sobre una base de concreto no muy alta y al alcance de todos. Villarreal me recuerda otro artista venezolano, Audino Díaz quien en su momento talló maderos al aire libre. Aún permanece una talla de este artista en algún lugar de la caraqueñísima urbanización La Florida. Un Cristo de brazos extendidos, *Cristo sin clavos* que data del año 2000.

Y es que arte y religión son dos tópicos que siempre han estado en íntima relación, si tenemos en cuenta que el arte es la expresión de un pueblo. Pero además se convierte en el mejor aliado para darle *visibilidad* a las alegorías, en imágenes perfectas que encierran la sustancia del mensaje religioso. Resulta difícil no sentir profundo respeto ante la *Pietà* de Miguel Ángel, con toda la carga

dramática del dolor de una madre por la muerte de su hijo. Y si ese hijo es Jesús, Dios hecho hombre para los creyentes católicos, la connotación y el mensaje de la obra, es innegable. Es así como a lo largo de la historia del arte, esta expresión se ha valido de los simbolismos a la vez que de un lenguaje icónico muy complejo en el que los atributos forman parte fundamental del mensaje que se quiere emitir. En el caso que nos ocupa, la imagen de la Virgen de Coromoto es fácilmente reconocible para quienes sabemos lo que representa en la idiosincrasia del pueblo venezolano. Forma parte del imaginario religioso popular y sus atributos son perfectamente identificables: sentada con cabeza erguida coronada, sosteniendo al niño con sus manos, sobre sus piernas. El pequeño sujeta el orbe en la mano izquierda, como símbolo de su realeza.

Por ahora cada domingo, Isaías Villarreal tiene una cita obligada con esta *madonna* de piel surcada por la gubia y la cuchilla. Una gran dama a quien la feligresía venezolana pide con fervor su intercesión por el deseado milagro de retorno a la democracia y la reconciliación nacional.

Lieska Husband Sosa

Imágenes:

www.tuccssaludable.com.ve

www.eluniversal.com

Lieska Husband S.

Isaías Villarreal, contactos:

<http://elescultordearboles.blogspot.com/>

<https://www.youtube.com/watch?v=FbtBftMY1xU>

www.flickr.com/photos/isaiasvillarreal/

Twitter: @isaiasvg

Instagram: Isaias.villarreal